



IV DOMINGO DE CUARESMA*

**“Hacer una fiesta y alegrarse, porque este
hijo mío-hermano tuyo había muerto
y ha vuelto a la vida”**

Luis Fernando Crespo

No dejen de leer los Textos Bíblicos antes del Comentario

Lecturas: Josué 5,9-12; 2 Corintios 5,17-21; Lucas 15, 1-3.11-32

En este domingo nos toca leer uno de los textos más conocidos del evangelio: la llamada parábola del hijo pródigo, o la parábola de los dos hijos o, mejor, la parábola del padre bueno y misericordioso. Sólo la encontramos en el evangelio de Lucas. Es bueno fijarse en el contexto en que se cuenta la parábola: Jesús es hostigado por los escribas y los fariseos porque “acoge a los pecadores y come con ellos”, inaceptable para su creencia en Dios. Él no se disculpa ante las críticas, más bien se confirma en su actitud y responde con tres parábolas que explican por qué se comporta así. La razón consiste en que Dios es misericordioso: como el pastor que se alegra porque encontró la oveja perdida, o como la mujer que se alegra con sus vecinas por haber encontrado la moneda extraviada, o como el padre que organiza una gran fiesta, “porque ese hijo mío había muerto y ha vuelto a la vida”. Ese fue el empeño de Jesús: revelarnos que Dios es padre misericordioso. Recordárnoslo es propio del tiempo de cuaresma. Reconocernos pecadores y acoger el perdón liberador que Dios, padre y madre, en todo momento nos ofrece.

No es la primera vez que Jesús es criticado por su cercanía y comida con publicanos y pecadores. Ya en el inicio de su camino, cuando después de haber llamado a Leví y éste organiza “en su casa un gran banquete”, surge el mismo cuestionamiento. A las críticas respondió: “No he venido a llamar a justos, sino a pecadores”. (Mc. 2, 16-17), Creo que estamos ante un rasgo esencial de la práctica de Jesús que, por cierto, sigue escandalizando a muchos creyentes partidarios de mantener la rigidez de la disciplina antes que la misericordia. En verdad el mismo Lucas trató de suavizar el dicho de Jesús, añadiendo al texto paralelo de Marcos la expresión “a conversión” (Lc. 5,32). No obstante, lo que queda claro es que para Jesús el amor de Dios es gratuito e

* Ciclo C

incondicional y se manifiesta con evidencia en su acogida y en sus comidas con los llamados por escribas y fariseos los “pecadores”.

La parábola del padre bueno y compasivo con los dos hijos para ilustrar la bondad misericordiosa e incondicional de Dios encuentra algún antecedente en los profetas. Oseas, profeta del siglo VIII, presenta con tiernas imágenes, tomadas del amor de un padre para con su hijo, la misericordia y el amor gratuito de Dios para con su pueblo, al que había reprochado por su infidelidad y la falta de correspondencia de éste. Cuando se teme una sentencia de abandono y condenación, el Señor recuerda su condición de padre y exclama: “Mi corazón se convulsiona dentro de mí, y al mismo tiempo se estremecen mis entrañas. No daré curso al furor de mi cólera, no volveré a destruir a Efraín, porque soy Dios y no hombre” (Os. 11,9). En la parábola encontramos la misma reacción en el padre cuando ve a lo lejos regresar a su hijo: “estando el hijo todavía lejos, le vio su padre y, conmovido (desde las entrañas), corrió, se echó a su cuello y le besó efusivamente”. La reacción en Oseas ha quedado largamente superada en la parábola que cuenta Jesús. El hijo apenas esboza el pequeño discurso que había preparado en su abatimiento, Tampoco se aclara si su regreso se motiva sólo en la necesidad de tener comida asegurada, “como uno de tus jornaleros” o en un arrepentimiento y confianza en el amor del padre. No es eso lo que cuenta. El padre lo hace vestir como hijo, manda realizar una fiesta “porque este hijo mío estaba muerto y ha vuelto a la vida”. Es la alegría desbordante del padre ante la vuelta del hijo, Según Jesús, así es Dios. En la celebración de cuaresma necesitamos recuperar esa imagen de Dios para contrarrestar a la de un Dios juez, castigador, que tanto daño ha hecho.

La parábola no termina en la fiesta. Faltaba incorporar al otro hijo. La descripción que el mismo hijo mayor hace de sí mismo es la de un buen fariseo: “Hace tantos años que te sirvo y jamás dejé de cumplir una orden tuya”. Y añade, reclamando al padre: “pero nunca me has dado un cabrito para tener una fiesta con mis amigos”. Su reclamo parece entender de una cierta justicia, pero no de amor gratuito. El padre le recuerda lo que el hijo no valora: “Hijo, tú siempre estás conmigo y todo lo mío es tuyo”.

El hijo mayor se siente bueno y justo porque siempre ha cumplido los mandatos del padre, y se refiere despectivamente al hermano que malvivió lejano como “ese hijo tuyo”. El padre tendrá que recordarle que es “ese hermano tuyo”. Ese desprecio por el otro, del que solo se toman en cuenta sus defectos y malas acciones nos hace pensar en la otra parábola lucana, la del fariseo y el publicano que suben al templo a orar. La conclusión que saca Jesús es rotunda: “Les digo que éste (el publicano) bajó a su casa justificado y aquél (el fariseo) no”. (Lc, 18,9-14). Entendamos bien, no se trata de que el fariseo fuese un mentiroso y no hacía lo que había dicho, ni que el publicano sea muy humilde y se confiese pecador sin serlo. La clave de interpretación la ofrece Lucas antes de contar la parábola: “A algunos que se tenían por justos y despreciaban a los demás les dijo esta parábola”. El desprecio a los demás hace inútil la oración en el templo, deshumaniza no tanto al despreciado sino al que desprecia. Nos hacemos realmente humanos en el mutuo reconocimiento, en la fraternidad aceptada y practicada. Los gestos y decisiones que pretenden marcar superioridad (económica, cultural, de origen,

de género...) sobre los otros, además de ridículos nos convierten en inferiores, generan opresión y marginación, divisiones y conflictos, en cada país y entre las naciones.

Definitivamente la parábola revela el verdadero ser de Dios y nos invita, siendo nosotros pecadores, a confiar más en su misericordia que en nuestra justicia. La conversión se fundamenta precisamente en la bondad misericordiosa del Dios que siempre nos espera y abraza.

La primera lectura está tomada del libro de Josué, el que, sucediendo a Moisés, logró conducir finalmente al pueblo a la posesión de la tierra prometida. Celebraron allí la primera Pascua, y “al día siguiente comieron ya de los productos de aquel país”.

La segunda lectura está tomada de la Segunda carta de Pablo a los Corintios. Somos en Cristo “nueva creación”, aunque la vivimos en este mundo viejo donde están presentes el pecado, la injusticia, el egoísmo, los odios y los rencores. Pablo les dice que, reconciliados con Dios, “se nos confió el ministerio de la reconciliación”. Tarea ardua, pero vital y urgente en nuestras sociedades, en las que cuesta la convivencia respetuosa entre personas y ciudadanos iguales, con la misma dignidad y derechos. La realidad es otra y desafiante. Es una historia de desencuentros, de desigualdades, de enfrentamientos por la hegemonía y el poder, de avasallamiento de los que son mirados como inferiores. En esta tarea de reconciliación somos “embajadores de Cristo, como si Dios exhortara por medio de nosotros”. La reconciliación demanda justicia, no hacerse de la vista gorda y saber reconocer el valor de los otros. Pero también entre vecinos y aun dentro de la misma familia existen esos rencores que impiden la buena vecindad y la armoniosa familiaridad. En todos los casos se requiere personas con iniciativa reconciliadora, que acerquen los extremos, que ayuden para restablecer el diálogo. Según Pablo estamos llamados a ser “ministros”, es decir, servidores de la reconciliación. Podemos preguntarnos ¿cómo asumimos este ministerio en la Iglesia y en la sociedad, en la convivencia de la familia y en nuestra responsabilidad ciudadana y política? Sería un buen fruto cuaresmal para celebrarlo en la Pascua.